

pia, y á algunos pronósticos de segura coronación... esas son las materias acostumbradas para semejantes cartas. Las más impúdicas (y que no dejan de pasar muy á menudo ante los tribunales), y las más suaves, son aquellas que critican la belleza de la mujer amada, parte por parte, como suele decirse, desde la punta del pelo hasta la punta de los pies, con la minuciosidad y con la crudeza de una disección anatómica, y algunas veces con la denuncia del diente postizo, de la espalda desigualmente alta, del aliento no perfumado. Y son éstas, no obstante, con demasiada frecuencia las más funestas, porque hieren de un golpe, no sólo el amor, sino la vanidad. En las pequeñas ciudades, y en las aldeas especialmente, no hay casi pareja amorosa, sancionada ó no por la ley, que no haya sufrido una vez al menos los golpes de estas plumas despiadadas.

Pero las cartas más feroces, por consentimiento común de los doctos en la materia, y las más cínicas, son aquellas que escribe el amor despreciado á la belleza honesta ó difícil.

Quien no lo ha visto no puede imaginar á qué lenguaje puede descender, cuando

arroja la máscara para vengarse, aquella pasión que va á caza por el mundo bajo el nombre de amor, desencarcelando suspiros y recitando versos. Desciende á tal punto, á menudo, que en el furor de la venganza, no le basta ya la palabra, y en los trabajos de pluma con que se ingenia para acanallar el insulto, roba los asuntos á aquellos bajos artistas de carbón que trazan por lo común sus obras maestras en lugares dignos de que se las inspiren.

* * *

La variedad de la forma en las cartas anónimas no es menos digna de observar que la variedad de contenido, porque aparece muchas veces mejor en una que en el otro el ánimo del escritor. Hay en los anónimos bajo este aspecto, una minuciosa gradación de insolencia, como el que en el orden de los hechos corre, desde el pellizco de una mano señoril, hasta la guantada de una manaza callosa. Hay la carta en que es todo insolente, hasta el sobre, que contiene un epíteto burlón, y el papel sucio en el cual está escrita, elegido precisamente para manifestar el profundo desprecio; la cabeza

es injuriosa, el autor tutea, el texto es un tejido espeso de villanías, reforzado aquí y allá por vocablos y frases de plazuela y de taberna, escrito en grandes caracteres, diformes, en los cuales también hay una intención ofensiva.

Esta es la carta anónima típica, un verdadero ladrido epistolar prolongado y furioso, sin una atenuación de tonos, y en su género, es una obra perfecta.

Hay, por el contrario, el escritor anónimo que injuria sin faltar á ningún principio de la buena educación literaria: el papel es fino, y algunas veces perfumado; el sobre atento; la introducción es de «distinguidísimo señor»; el carácter de letra aristocrática y trazado con cuidado, como se usa con personas de respeto, y todo es correcto, atento y cortés, excepto el significado de la prosa, que llama al destinatario «bribón» ó «imbécil», pero lo hace en bello estilo, con frases que cortan, pero limpias y brillantes, sobre las cuales á veces se pasa y repasa con placer. A algunas cartas, á veces, acompañan palabras cortadas de periódicos y pegadas al papel con goma: las palabras ultrajantes, en caracteres más grandes, son tomadas de los anuncios de cuarta plana

de los periódicos, en los cuales se vitupera á los viles falsificadores; y hasta, ya que no otra cosa, las leéis sin cansancio.

Pero hay otra clase indiscreta verdaderamente: aquella en que se os escriben cuatro páginas en caracteres pequeñísimos, con renglones muy apretados y luego cruzados, con la linda pretensión de que os matéis la vista para sacar de aquel embrollo los conceptos impertinentes é insultantes, como se arrancan de un *palinsesto* confuso, las frases de oro de un clásico griego ó latino. La mayor parte, sin embargo, están escritos con mucho cuidado, para disfrazar la letra, y en éstos, conforta al menos el pensamiento de que el bribón ha tenido que trabajar, aparte de que, ser injuriado en aquella forma gráfica decorativa en que la letra se ha dibujado, da al insulto un cierto aspecto grave y majestuoso de epitafio ó de inscripción de arco triunfal que, en gran parte, satisface el amor propio. En algunas de estas cartas, la primera mayúscula está adornada con rasgos caligráficos, como las iniciales de antiguos manuscritos. Acaso quería demostraros el escritor que os dirige el anónimo, que al disponerse á injuriaros, gozaba de

aquella tranquilidad de ánimo que procede de una conciencia honrada, y si no significa esto, es por lo menos una delicada atención.



Pero no acabaríamos jamás si fuéramos á citar todos los caracteres extraños de esta esparcida y numerosísima cuadrilla de bandoleros epistolares.

He aquí un original: por ejemplo, el que os escribe toda especie de impropiedades firmandose «un verdadero amigo». He ahí otro que tiene la ingenuidad ó la desfachatez de principiar la carta así: «Con aquella franqueza que me distingue»... Y es curioso ver los repliegues infantiles que buscan algunos para enmascarar á los otros y á ellos mismos, la vileza del anónimo. Hay quien pone al final dos iniciales cualesquiera, como para daros una indicación sobre su propio nombre; y quien cierra la carta diciendo arrogantemente: «Un día sabrás quién soy.» Los hay, talentos armónicos y suaves, los cuales os piden perdón por las insolencias que os van á decir; y esos, ¡Dios mío! están obligados por la fuerza de la conciencia á dirigiros aquella carta para cum-

plir un deber doloroso, y «creería no ser caballero si dejara de deciros la verdad», y así, continuando con piadosa intención, os dirigen en lenguaje paternal, y con argumentos muy mesurados, las mayores atrocidades, queriendo persuadiros de que sois un pobre diablo. Es amenísimo también el anónimo que, después de haber vaciado el saco, y de haber hecho de intento naturalmente, todo el daño y perjuicio posible, animado por una última idea de quien no os quiere defraudar, añade una impertinencia en la postdata, como el tendero da la añadidura para despedir contento al parroquiano. Hay también cartas colectivas, ó que el autor quiere hacer creer que son tales, para dar más autoridad á la diatriba, diciendo cortésmente que ella expresa el pensamiento de un grupo de amigos allí presentes y que aplauden el paso que se da. Y no faltan cartas anónimas en verso, para que la insolencia se trague con más placer, y casi siempre el epíteto injurioso viene á formar la rima ó el estribillo de la canción.

Con frecuencia, además, constituyendo un verdadero orden aparte, las cartas ilustradas, en las cuales está esbozado vuestro retrato con la exageración de un defecto

físico, con el aumento ultrajante de los pabellones auriculares. Un amigo mío conserva con cariño cierta carta, recibida después de un discurso en público, en el cual está pintado admirablemente, y hasta coloreado con finura flamenca, una botella de vino, una verdadera obra de arte.

Otras cartas tienen dibujado un fruto enorme de la familia de las cucurbitáceas, y en el texto se os invita á reconocer en aquel fruto una imagen de vuestro cráneo. Y por encima de éstas, y en el nivel más bajo de la impertinencia, hay cartas que contienen substancias del reino vegetal y animal que indican un significado no dudoso, como granos de cebada, hojas de alfalfa... Las márgenes, la introducción ó el final, se hallan con ilustraciones, donde se pintan todas las porquerías propias de los falsificadores de manuscritos antiguos. Pero he olvidado un género que es el menos descortés y el más aseado de todos. Hay cartas anónimas en blanco; solamente al principio de la primera cara, á la izquierda, hay una palabra estampada en pequeños caracteres que ya se comprende es la divisa del anónimo, impresa en todos los plieguecillos, de los cuales se sirve en su correspondencia

ordinaria, en cuya palabra está el agüijón, pero si os duele, la culpa es vuestra, que os dáis por aludido. De estas cartas, yo recibí una muy ingeniosa y aguda, un mes después de haber publicado mi libro titulado *Los Amigos* (*); el papel era enteramente blanco, pero, ¡ay de mí! la palabra decía: «De *los amigos* me guarde Dios, que de los enemigos me libro yo.»

* * *

Llegado á este punto, alguno me podría interrumpir para invitarme á deducir algún consejo práctico, dadas las muchas observaciones que he hecho sobre la materia; una norma, por ejemplo, para distinguir á los autores de los anónimos. Podría responder con las palabras de un psicólogo: «Se hace mal en leerlos, y peor en buscar á los autores; pero hay casos en los cuales el buscarlos puede ser útil, aunque no sea más que para defender á los inocentes, acusados en vez de los culpables.» Ahora bien: mi parecer es que cuando la sospecha re-

(*) Se han hecho dos ediciones de esta obra en castellano, vertidas por el traductor de la presente.

cae sobre conocidos, hay que estudiar el carácter de las frases; porque en las injurias dictadas por la pasión, todos tienen palabras especiales, como las tienen para expresar la alegría, el afecto, el terror; muchos escritores de anónimos fueron descubiertos por la fraseología de la ira y del odio.

La escritura de los inexpertos en el arte, la manera peculiar de escribir, suministra con frecuencia, indicios suficientes; además de que es probado que muchos autores de anónimos no escriben sus cartas, sino que las hacen escribir á personas de su servidumbre ó á memorialistas ó á chicos, y á menudo el texto está escrito por una mano y el sobre por otra. Son infinitos los recursos de los cuales se echa mano para disimular el carácter propio de la letra: los unos acuden al carácter gótico, los otros á la letra inglesa, otros ocultan su escritura bajo un gran desorden de rasgos oblicuos, de una variedad loca, con inclinaciones de izquierda á derecha, con rígidas letras puestas muy de pie, ó muy caídas, que hacen parecer todas ellas filas de árboles inclinados por el huracán en uno ó en otro sentido después del torbellino, que les hace girar

en todas direcciones. Muchos para trabajar menos y no tener que cuidarse tanto de la escritura, y para darle á ésta, alterada, una cierta apariencia de espontaneidad que aleje el temor de la sospecha, usan la mano izquierda ó emplean la derecha con una actitud, ó escriben con los puntos de la pluma metálica vuelta del revés, ó con la pluma de ave, que engruesa el carácter de la letra, ó con el lápiz mojado en tinta, ó con un palillo, todo lo cual altera las curvas, desnaturalizando los perfiles y los gruesos, y dan á las letras un carácter de serpentina por estar hechas sobre un papel extendido encima de una toalla. Satanás no inventaría una cosa nueva, y hasta no hay ni peritos caligrafos que conozcan todas las maneras de escribir anónimos.

Ellos solamente pueden dar normas y reglas útiles.

Yo conservo todavía en el oído un bello trozo de elocuencia profesional de uno de éstos, que me divirtió inmensamente. Si tiene que confrontar un manuscrito (me dijo), fije repentinamente su atención en la última línea de la carta anónima, porque es en ese momento donde el falsario, cansado ya del esfuerzo, se guarda menos de la

ficción; las *emes*, las *enes* y las *ies* son fáciles de disimularse. Mire á las mayúsculas, que son aquellas que tienen más características gráficas; mire á los perfiles ascendentes y descendentes de las *eles* y de las *ges*, que son las que hacen más traición; contemple las letras hechas en diversas formas, entre las cuales se escapa siempre la forma natural. Examine sobre todo aquellas cosas características, que es probable que el escritor no sepa que tiene siquiera, y no olvide esta observación. Observe la puntuación: los puntos suelen hacer traición; analice detenidamente todo lo que es involuntario en la escritura y superfluo, porque allí es donde yo precisamente los pescó cuando soy llamado á ejercer mi profesión.

Y, sin embargo, hay artistas tan hábiles, que ni el perito siquiera los coge. Casi todos aquellos que están adornados de una cierta cultura gráfica, si tienen mucha paciencia y procuran ser lacónicos, consiguen hacer la escritura franca. La gente del vulgo, generalmente, se deja atrapar, casi siempre, al menos. Por eso las manos más temibles para manejar este arma son aquellas ligadas á nosotros con más frecuencia

(triste es decirlo, pero es verdad) y hechas para hacer el bien.

*
* *

Por otra parte, ¿de qué sirve buscar á los autores de los anónimos, cuando se está continuamente expuesto á tantos otros golpes que es imposible descubrir quién nos los envía? El ingenio humano ha descubierto mil medios de herir al prójimo bajo la salvaguardia del anónimo. El escritor que recibe bajo una faja un epitome de la Gramática, ó un silabario, ó un libro señalado con puntos ó con palabras subrayadas; el poeta que recibe canciones firmadas por «Un colega»; el escultor á quien llega, en paquete postal, un muñeco horrible que representa su estatua; el hombre conocido por cualquier clase de mérito, á quien se manda, bajo sóbre, el artículo en que se dicen mil atrocidades de él, todas son diversas formas del anónimo.

Y á este propósito, hay que hacer una observación que tranquiliza: que aquellos raros originales que, como Emilio Zola, hacen colección de todas las injurias impresas contra ellos, sucede con frecuencia no

tener noticia, hasta pasados muchos años, de un artículo en que se os ha elogiado; en cambio, del artículo en que se os ha desollado, aunque se haya publicado á miles de leguas de distancia, no tengáis cuidado, porque siempre habrá una persona amorosa que os lo mande, añadiendo alguna vez algún «bravo» ó un «visto bueno», para que no os quede duda de la interpretación que debéis dar al regalo. Y cartas anónimas son las escrituras ingeniosas en las esquinas que, por cierto período de tiempo, en ciertas aldeas, llega á ser un furor contagioso, y vuelven á aparecer, hasta diez veces, en la puerta misma de la casa de la víctima; y cartas anónimas son las inscripciones contra el profesor, los arabescos de las escuelas en la pizarra, y la impertinencia que la máscara os grita en los oídos durante el baile, y el rayo de sol que el vecino de enfrente, oculto, os manda con el espejo, á los ojos, mientras os estáis afeitando en la ventana; y si á esta clase se puede adscribir todo insulto, dicho ó hecho de manera que el que injuria pueda negar, cuando sea preciso, de habérselo dirigido, carta anónima es la sátira que se os dirige en la conversación, estando presentes, mirando al sitio

opuesto, como si no se pensase en vosotros; carta anónima es la imitación preparada de vuestra voz, de vuestros gestos, que hace reír á la tertulia, no dejándoos ni el derecho de recoger el ridículo, porque incurriríais en él; una carta anónima es el almuerzo dado precisamente por un conocido vuestro, que no os invita, para que toméis á mal el no haber sido invitado, y ¡cuántas formas no puede revestir la carta anónima!; hasta aquellos innobles utensilios domésticos expuestos sobre el alféizar de la ventana del vecino de enfrente, como si fuera una muda provocación, que, ya se comprende, vosotros no podéis recoger sin ensuciaros. ¡Cuán fecunda es la imaginación de la insolencia cuando la alienta el odio y la anima la impunidad!

*
* *

Todo esto es desconsolador, sin duda alguna; pero puede confortar el ánimo un hecho, y es que si fuese posible hacer una estadística de las cartas anónimas, y conocer á los autores, se encontraría que el número de los criminales es con mucho inferior al de los crímenes, ó sea, que hay muchísimos

reincidentes ó *dilettanti*, mejor dicho. Se comprende, con efecto, cómo, vencida una vez la repugnancia á cometer un acto semejante, y perdida la virginidad de la conciencia, se resista difícilmente otras veces á la tentación de desahogar en alguna forma el despecho y los odios. Los aficionados se dividen en dos categorías. La de aquellos que escriben sin intención malévolá y por el simple placer de fastidiar ó de provocar el despecho ó atormentar la imaginación del prójimo (y son bastantes más de los que se piensa), y la de aquellos que escriben con verdadera inquina de ánimo y con propósito de hacer el mayor mal posible que puede provocarse con la pluma.

Dejo á un lado la cuestión de si entre éstos hay más mujeres que hombres. Lombroso cree que, ya porque la mujer es más débil, y el anónimo es arma de los débiles, y por su naturaleza, ellas tienen mayor aptitud (y esto es exactísimo) para arrojar en la forma epistolar todo su ánimo. Yo creo además que viviendo en un campo intelectual y moral más restringido las mujeres, escriben bastantes más raras veces que el hombre por odio ó por envidia, cartas anónimas á personas que no las han ofendido;

ellas no hieren más que á los conocidos, y solamente para vengarse. Sea como quiera, hay un gran número de criaturas humanas para las que es un tormento insoportable toda superioridad y toda fortuna, no sólo de los amigos y de los conocidos, sino también de gentes para ellas no conocidas más que de nombre, alejadísimos de su camino, y que de ningún modo debieran provocar su orgullo. Como el pilluelo que no puede ver una pared blanca, sin sentir la necesidad de ensuciarla, así hay quien no puede ver una felicidad sin escupir sobre ella su aliento envenenado. No hay lugar ninguno habitado donde no haya ejemplares de esta clase, sobre los que recae inmediatamente la sospecha del que recibe una carta anónima; tan verdad es, que cuando uno es cogido por la justicia, por el hecho de una sola carta, siempre aparecen varios con otras cartas en la mano, que se reconocen como originales de aquél.

Hay autores que de tiempo inmemorial infestan una ciudad, una villa y una región entera. Como hay delincuentes de hurto por herencia, lo mismo hay insultadores anónimos espontáneos, nativos. Han empezado de chicos, en la escuela, apenas han

sabido tener la pluma en la mano, y al llegar á ser hombres han establecido en su casa una verdadera oficina. Son gentes que tienen una repugnancia instintiva á firmar, lo que demuestran también en otras coyunturas de la vida, como si tuviesen la conciencia de que su nombre sea una palabra indecente. Y tal es el furor de insultar que tienen algunos, que se ligan á toda clase de asuntos, incurriendo á veces en graves equivocaciones ridiculísimas.

Un amigo mío, que se marchaba para un largo viaje, recibió en el vapor un despacho (porque también hay telegramas anónimos ó firmados con nombre imaginario) que decía: «Vuelve á casa, incauto, y vigila el honor de tu mujer.» ¡Y el amigo era viudo hacia doce años!

Un novelista italiano, que no ha escrito jamás para el teatro, ni siquiera un monólogo, recibió una carta que empezaba así: «He leído todas tus comedias, y no hay una sola que valga una entrada de paraíso.»

Cierto poeta de una ciudad de provincia, autor de un libreto para música, en donde la primera escena era un campo de asedio, por lo que había escrito en letras gruesas esta acotación: «Se oye un toque de

corneta á la derecha», recibió una carta anónima que decía:

Suena un toque de tropa á derecha
y á la izquierda responde otro toque... (*)

«¡Descarado plagiario: si empiezas así en la primera página, ya me imagino lo que será el resto de tu libreto!»

* * *

La existencia de esta familia de aficionados explica cómo todo asesinato ó venganza cualquiera realizado en un hombre público, ó cualquier atentado cometido en daño de muchos, es seguido siempre por una recrudescencia repentina en la epistolografía amenazadora. Son aficionados que aprovechan con alegría la ocasión de sembrar más fácilmente el disgusto ó la inquietud en los ánimos ya turbados. Muchas de estas cartas son escritas por personas pacíficas que conocen la debilidad de alma de alguno á quien escriben, y escriben varias cartas á un tiempo, todas por el mismo estilo; á veces, ellos mismos son de los asus-

(*) Versos concidísimos de Alejandro Manzoni.

tados, que mientras amenazan con bombas y ruinas, no encenderían una caja de fósforos en un portal, y se entregan, sin embargo, á aquel juego, porque después de la vanidad, la pasión que ofrece más ameno espectáculo es el miedo, aun para los medrosos, y aun para ellos principalmente. Después de toda venganza amorosa que haga ruido, cien Don Juanes son amenazados por el correo á fin de que tengan presente la misma lección; y cada botella de vitriolo vaciada en la cara de un infeliz, pone en movimiento una falange de plumas.

Y en esa pasión entra también, en parte, la satisfacción del amor propio que da á los débiles malignos la conciencia de inspirar pavor á alguno, de cumplir algún acto de poderio, cualquiera que sea, infundiéndose, aunque no sea más que por un momento y sólo con la imaginación, en la familia de los bribones valientes. Y mientras más terribles y bríosas son las amenazas, tanto menos, generalmente, es capaz quien las ha escrito en el papel de realizarlas en las vías de hecho: los audaces no tienen la manía epistolar y son lacónicos y frios. Se descubre con frecuencia, en efecto, que las más tremendas cartas amenazadoras, es-

critas con intención de sacar dinero, son obra de jóvenes tímidos, de pobres diablos impotentes que se figuran el terror de los amenazados, por el que ellos mismos experimentarían en un caso semejante. Pero, si bien esas cartas son frecuentes, son, sin embargo, menores en número que las que se escriben con el simple y puro objeto de producir en el prójimo una congestión de los vasos sanguíneos; y yo creo firmemente (y se ha probado además) que existen pequeñas asociaciones de bromistas dedicados á este ramo de literatura. ¡Ah, si alguna de sus victimas pudiera saber con qué grandes risotadas han sido dibujados en las márgenes por cuatro descarados sentados alrededor de una mesa resplandeciente de copitas, aquella siniestra ilustración de cruces y de calaveras que le han hecho temblar y horrorizarse, se avergonzaria para todo lo que le resta de vida y quedaria inconsolable por haber presentado aquella carta en la delegación de Policía!

*
* *

Pero si se puede reír de estos míseros afanes dados á los orgullosos, á los medrosos y á los tontos, se extingue la sonrisa, y

se oprime el alma pensando en el mal increíble que produce la denuncia y la calumnia anónima en muchas criaturas honradas é ingenuas, las cuales las creen precisamente porque ignoran hasta qué punto puede llegar la maldad humana; y pensando en el mal que hace á otras muchas criaturas la revelación no necesaria de culpas y de vergüenzas de aquellos seres amados, por las cuales ellas sufrirán por todo el resto de su vida! ¡Cuántas son las víctimas de las cartas anónimas! Hijos heridos mortalmente en el amor filial, esposas ante las cuales se ha levantado un fantasma abominable que se sentará por años y años á su cabecera y á su mesa, como el de un enemigo implacable; niñas y niños á los cuales se ha arrancado el amor del padre, sobre el corazón del que se arrojó una duda horrenda que le detiene en el aire la mano extendida para hacer la caricia acostumbrada y que le hiela en los labios la palabra amorosa, el nombre dulce proferido con infinita ternura durante tanto tiempo. ¡En cuántas casas permanece para siempre una fecha funesta como la de la visita de la muerte, la del día en que ha llegado una carta anónima, tan pronto olvidada por

quien la escribió, y cuántas noches y cuántos años, aquella palabra maldita resonó en el oído de un infeliz que ha perdido el sueño, como el toque de una campana, anuncio de desventuras!

Si pensase esto todo aquel que, sin ser gran malvado, escribe tales cartas por pura satisfacción maligna, en que se mezcla algo de broma, como no dando importancia al acto; si supiese cuántos sollozos desesperados han arrancado del corazón humano, de cuántas lágrimas sangrientas fueron causa ciertas cartas y cuántas felicidades, y cuántos afectos han contaminado, herido ó inoculado la conciencia los nefandos caracteres de semejantes epístolas!... ¡Oh, de seguro que los autores hubieran roto en mil pedazos la pluma en el acto de colocarla sobre el papel para estampar sus estúpidas é insidiosas indicaciones, sentirían horror á ponerse en la cara la careta del asesino enmascarado, de los verdugos de los débiles y de los inocentes, de los ladrones de la paz y del honor, más crueles que los que matan con el hierro, y más despreciables que los que roban á un mendigo, puesto que son á un tiempo ladrones feroces, villanos falsarios, y no hay palabra en

el lenguaje humano, por vituperable que sea, que no quede muy por bajo de la que ellos merecen por su infamia.

* * *

La conclusión lógica de cuanto he dicho sería: que es preciso matar los anónimos, no leyendo ni una sola de sus palabras. Hay una dificultad, se me puede objetar: que muchos usan, para prevenirse de no ser leídos, de la astucia de poner al pie un nombre cualquiera, ó la de empezar las cartas en términos que no despiertan sospecha alguna, y hasta la de usar frases agradables y corteses, de manera que pueda seguirse la lectura del anónimo, engañado, encontrando después, de pronto, la injuria intercalada, con lo cual no hay tiempo para eludirlo.

Mas para prevenir estos golpes hay un arte particular, que se adquiere con la experiencia. Tengo un amigo muy íntimo que podría contar mucho en esta materia y poner cátedra acerca de este particular. De las cartas que duda, aunque estén firmadas, no lee jamás las primeras palabras, que pueden ser escritas para despistar, sino

que echa una mirada indagadora aquí y allá, como hace el carabiniere dentro de los fardos sospechosos, miradas rapidísimas circunscritas al espacio de una palabra, y le basta con frecuencia una frase, un nombre, para salvarse de la estocada. Por espacio de muchos años, más de un epíteto ó de algún nombre, si acaso, ... pero lo que es una frase, ninguno consigue hacérsela tragar, ni palabra alguna molesta en cartas anónimas; y desafía al más experto insultador anónimo á que obtenga con él el más mínimo éxito; pero las más de las veces ni siquiera pone en juego esta prueba. Ha acostumbrado la vista de tal manera á los sóbres, que cuando ve un carácter de letra particular muy arrogante y al propio tiempo mal seguro, semejante al paso jactancioso é incierto á la vez del ladrón que se nos viene encima, ó que, por el contrario, es un carácter de letra evidentemente cuidado ó intencionalmente desigual, como de chico de escuela, mi amigo dice:

«Te has engañado en grande; serás más afortunado en otra ocasión; has perdido el sello», y arroja la carta en aquella pequeña tumba, siempre abierta á su lado, donde se sepultan todas las palabras inútiles, todas

las indiscreciones y todas las tonterías y las necedades sin cuento que llueven encima de las cabezas de todos los hombres honrados que no viven absolutamente en la sombra en el momento presente. En aquel cesto de los papeles, fiel defensor del tiempo y preservador de la salud, sin el cual ahora no se puede vivir y al cual no se comprende cómo algún poeta no haya consagrado todavía un himno digno del grande y benéfico oficio que cumple en el mundo de la civilización.

*
**

Pero, ¿es verdaderamente el consejo más sabio y prudente el de no leer las cartas anónimas? ¿No será debilidad de ánimo? ¿Cómo será fuerte contra la injuria y la calumnia abierta y declarada, quien no es fuerte contra la injuria y la calumnia en el estado de larva oculta y misteriosa? ¿No sería más útil leerlas, para ir más adentro en el conocimiento de la naturaleza humana, y porque ellas nos dicen algunas veces verdades que el afecto ó la cortesía y los intereses de quien vive alrededor nuestro nos tienen ocultas durante toda la vida?

Son verdades embadurnadas de bellaquerías, pero no podemos negarlas en absoluto; aquellas razones ó insolencias, aunque no tengan otro valor que el de mantenernos bajo el orgullo, la vanidad y el amor propio, ya esto es algo. Y de la amargura que nos puede procurar la acusación no merecida y la injuria de la villanía, debería confortarnos, pensando que casi siempre las dictan la pasión y la ligereza, pero jamás la conciencia: que quien nos las arroja, se las arroja á otros; que los más temidos y venerados hombres son heridos por ellas, y que esas mismas cartas, abiertas y leídas un año después del momento en que hubo ocasión para que se escribiesen, nos dejaría completamente indiferentes, y que la humillación que ellas nos causan son justas expiaciones de ofensas injustas é impunes dirigidas á otros por nosotros mismos; y, en fin, que en esta vergonzosa truhanería de las cartas anónimas tenemos todos un poco de culpa.

Tenemos culpa todos, hasta los más honrados y los más corteses, porque cometemos demasiado fácilmente otra vileza menos grave que aquélla, pero que es un primer paso en el mismo camino: y es la

maledicencia irreflexiva de personas que estimamos en el fondo, y que hasta las amamos; la cual vileza tiene esto de común con la carta anónima: que produce un daño á quien es objeto de ella, sin que el interesado sepa de quién proviene, ni pueda, por consiguiente, defenderse del ataque. Sería para cualquiera de nosotros un gran dolor saber que un hijo nuestro ha escrito un anónimo; y, sin embargo, cada día, en presencia de nuestros hijos y de otras gentes, de todas edades y de todos estados, nosotros preferimos acusaciones y censuras, que luego ellos no nos oyen repetir delante de las personas acusadas y censuradas, cuando no nos escuchan decir, como sucede con frecuencia, precisamente todo lo contrario, en presencia de los interesados.

¡Y éste es el germen de la infección!

La inicua vileza que he fustigado, no es más que el último exceso de un espíritu de malevolencia, de una ligereza de crítica, de una falta de sinceridad y de valor que es casi universal. Así es que, de todos los vicios que apestan la vida pública, una raíz sutilísima está en el ánimo hasta de aquellos que más vivamente la rechazan y más sinceramente se indignan de él; y es justa,

sin embargo, y nunca será bastante pensada, meditada y predicada la antigua sentencia de que la curación de toda llaga social debe empezar por nosotros mismos, en nuestro propio corazón.

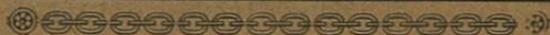
* * *

Pero por muy grave y difundido que sea el daño que producen á la sociedad los anónimos, es una confortación reconocer cuántas otras formas y costumbres más agudas y terribles de ofensa se han inventado. Cuando la casa privada era fortaleza, cuando entre las familias de una ciudad se heredaban de generación en generación los odios sangrientos, y se tomaba al salir de casa, en vez del bastón, la espada, y los criados eran sicarios, y los banquetes y fiestas íntimas se aguaban, y las venganzas eran suplicios, en aquellos tiempos, sin duda, se escribían menos cartas anónimas que en nuestros días. Pero ahora que se maneja más la pluma que el puñal y se derrama más tinta y menos sangre, no puede desconocerse, ni aun siquiera por los pesimistas más negros, que deje de haber un ligero progreso hacia el bien. Y si, de todos

modos, se tiene que maldecir del abuso inicuo de la pluma, no se puede sacar pretexto de este abuso para combatir la divulgación de la cultura, que es como querer suprimir—como dice César Beccaria—el fuego, porque quema, y el agua, porque ahoga.

Esto tiene origen en la falsa y manca cultura presente; pero la presente, sea como sea, es también un paso necesario hacia adelante y hacia arriba, en dirección á aquella más fuerte y más luminosa cultura, que un día endulzará los ánimos y ennoblecerá las costumbres, y aumentará dignidad en la vida de todos.

Conservad esta fe; si esta fe muere, muere la fe en la civilización y en el progreso, y no viendo en el porvenir más que desorden y tinieblas, el espíritu retrocede miseramente hacia el pasado. ¡Conservemos esta fe é infundámosla viva en nuestros hijos, activa é intrépida, como lo fué esa misma fe en el alma de nuestros padres!



ÍNDICE

	Págs.
Madre creyente é hijo socialista. (Diálogo).	1
Trabajadores, á las urnas! (Conferencia)...	11
Entre padre é hijo. (Fragmento de una narración.)	53
El 1.º de Mayo. (Discurso)...	71
Una respuesta...	123
Tempestad en familia...	131
Á los niños y á las niñas de las Escuelas públicas.	191
Premios para las niñas...	213
Un asilo infantil...	229
Las cartas anónimas...	247

